

DE ACTUALIDAD



Revolcarse en palabras

Volvamos, lectores, al Libro y al inmortal e inagotable pasaje del retablo de Maese Pedro. Cuya función fué de noche—"buena noche se nos apareja" dijo el ventero (capítulo XXV, parte I) y esto lo traemos para hacer alarde de erudición, según nuestra costumbre—y estando el retablo—repitámoslo—"lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacían vistoso y resplandeciente." ¿Le daban luz?

¿Luz? Recordemos—¡otra vez la erudición recóndita!—lo que el gran publicista argentino Juan Bautista Alberdi en su obra "Luz del Día" escribe sobre la prensa y es: "La prensa es como esos teatros hechos para dar espectáculos diurnos con luz artificial; todo su objeto es evitar que penetre la luz del día para que no extinga la luz escénica." Pero esto que podrá ser verdad de la prensa lo es mucho más del Parlamento, el principal retablo nacional de la ficción escénica y de la luz de candelillas de cera. O de magnesio.

¡Luz de candilejas! ¡Luz de magnesio! ¡Luz escénica! No hay tragedia ni comedia malas, de embuste, que resistan la luz del día, la luz del sol, la del campo o de la calle. Cuando al actor le viene la luz de arriba abajo, del cielo, y no de abajo arriba, no de las candilejas, si es malo está perdido. Se le ven las ojeras de humo.

¡Luz, luz de día! ¡Luz, sí, pero no taquígrafos. La luz basta; los taquígrafos sobran. Si no estorban y ahogan la luz con sus papeles. Porque el exceso de palabras mata la luz. El notario da fe, da luz, pero el taquígrafo no la da. Si es que no la quita.

Recurrámos otra vez a nuestra maravillosa erudición. Sabido es que la novela de Carlos Dickens "La historia personal de David Copperfield" es en gran parte una autobiografía del autor. Dickens fué taquígrafo de la prensa en el Parlamento inglés. (El Parlamento mismo se respeta allí lo bastante para no tener taquígrafos propios, oficiales.) Y en el

capítulo XLIII de su inmortal novela nos da la experiencia que de taquígrafo del Parlamento sacó Copperfield, o sea Dickens mismo. Y nos dice:

"Noche tras noche recuerdo preferencias que jamás sucedieron, profesiones que no han sido cumplidas nunca, explicaciones que sólo tiraban a mistificar. Me revuelco en palabras. Britania, esta hembra infornada, está siempre ante mí como una gallina espetada; broquetada por todas partes con plumas de oficio y atados pies y manos con balduque. Estoy bastante detrás de la escena para conocer el valor de la vida política. Soy un completo incrédulo respecto a ella y jamás me convertiré." Así dijo Carlos Dickens, taquígrafo en el Parlamento inglés.

"¡Me revuelco en palabras!" ("I wallow in words") En la biblioteca que en el 202 de los Campos Elíseos tenía Jacinto, el antihéroe de la novela "La ciudad y las sierras" de Eça de Queiroz—¡seguimos de eruditos!—el portentoso rimero de volúmenes de Historia Religiosa y de Exégesis Religiosa "trepaba montañosamente hasta los últimos vidrios, vedando, en las mañanas más claras, el aire y la luz del Señor". Y así como aquellas montañas de obras de teología e historia religiosa quitaban la luz del Señor así la ingente torre de Babel de los volúmenes del "Diario de Sesiones"—¿cuántos metros de altura?—no hace sino oprimir y ahorca la verdad de la historia política de España.

¿Luz? ¡Luz, sí, pero taquígrafos no! Las más significativas frases del autor de la frase de "¡luz y taquígrafos!" necesitan de luz, pero de taquígrafos no. Acaso de notarios. Sin necesidad de taquigrafía se recuerda lo del grifo, lo de los furrieles, lo de que gobiernen los que no dejan gobernar, lo de las casacas, lo de Fernando VII y pigo, etc., etc. Pero luz sí necesitan. Mas ha de ser luz de día, luz de sol, no luz de foga de virutas. Por muchas virutas que se enciendan en el Parlamento no verán allí a su luz, salir el sol. Allí no puede alborear mientras no dismantelen sus paredes.

Y ahora, en estos tiempos de Maese Pedro, de Gobierno de retablo, en que los poderes responsables y los irresponsables parecen intervenidos

y mediatizados, lo que hace falta es luz, luz de calle.

✱

Al llegar a este punto de nuestro artículo tenemos que interrumpirlo para acudir al Juzgado, y allí nos comunican que hemos sido procesados por el publicado aquí mismo el día 16 de noviembre y que se titulaba "El problema de la policía". Se nos imputa el delito (!!!) de "frases injuriosas a clases del Estado".

Ya antes se nos había condenado por supuestas injurias a S. M. el Rey y para el día 8 del próximo enero está señalada la vista del primer recurso ante el Supremo. Del cual esperamos que hasta nos ilustre respecto al concepto de ironía. Y a la teoría de la carambola. Y a otras cosas ilustrables.

Y entre tanto, mientras se nos procesa por supuestas injurias a una clase del Estado, funcionan las timbas libremente en donde quiera—España, especie de ex Vice-Imperio de Mónaco, es hoy una timba suelta—y la ley de la trata de blancas y la de higiene pública se cumplen de tal modo que está envenenando a nuestros hijos. Y de esto ha de escribir, aunque le procesen cien veces, este padre delincuente—según el fiscal—que os dice esto. Porque le duele en lo más vivo. Le duele en lo más vivo y no hay clase del Estado ni fiscal que le hagan callar.

Hemos de volver a ello, señor fiscal, con luz, con mucha luz, sin taquígrafos, sin revolcarnos en palabras, sin leer el Código; hemos de hablar de lo que nos duele, como españoles, como ciudadanos, como padres de familia. Y en cuanto a las clases del Estado que cumplan todas ellas con su deber como el que escribe esto cumple con el suyo. No sólo con su deber de funcionario público, sino con el de publicista, con el de fiscal, pero no fiscal delegado de poderes políticos interesados en que no haya luz y manejados por Maese Pedro.

Prometemos volver sobre lo de las timbas y sobre el envenenamiento de la sangre de nuestros hijos.

MIGUEL DE UNAMUNO